UMBERTO JARA

EL CAMINO A RUSIA

LA HISTORIA SECRETA DE LA HAZAÑA Y SUS PROTAGONISTAS

Planeta

UMBERTO JARA

CAMINO A RUSIA 2018

LA HISTORIA SECRETA DE LA HAZAÑA
Y SUS PROTAGONISTAS

Planeta

A los integrantes de la revista ONCE,
con quienes compartí la pasión de escribir sobre el fútbol,
esa metáfora de la vida.

A mis compañeros de infancia, en el Racing Club
y en la selección del Salesianos San Juan Bosco,
porque juntos descubrimos que la felicidad era redonda.

El fútbol no es cuestión de vida o muerte,
sino algo mucho más importante.
Bill Shankly,
técnico del Liverpool

Pensar sentado es difícil,
pensar corriendo es más difícil todavía.
Jorge Valdano

ÍNDICE

Así llegó Gareca 17
Un retrato de Gareca 35
La gran decisión 47
El capitán real 67
La tecnología y el fútbol 77
Una nueva mentalidad 95
El talento se conquista 109
El fútbol enseña 121
En el nombre del fútbol 131

El camino a Rusia 2018 es una historia extraordinaria. Sus protagonistas mantuvieron los detalles en reserva porque prefieren trabajar en silencio; tienen aversión a jactarse de sus logros y no les interesa contar los pormenores de sus proezas. Para estos tiempos, son seres singulares, se diría extraños. Y ese es uno de sus grandes méritos.

Con cierta mezquindad, hubo quienes atribuyeron al azar, a la suerte, la clasificación al torneo mundialista Rusia 2018. Algunos sostuvieron que existió el beneficio de la casualidad porque los rivales perdieron puntos insólitos y la selección peruana obtuvo triunfos inusuales. En realidad, la «suerte» acompaña a los que trabajan. Si Perú hubiese estado en el fondo de la tabla de posiciones, las caídas de los rivales no habrían servido de nada. Sirvieron porque la selección peruana estaba en constante trabajo y en una posición expectante que le permitió avanzar mientras los contrincantes resbalaban y caían. Esa circunstancia se llama trabajo y no suerte.

Por vez primera en el fútbol peruano se trabajó con una planificación detallada, sabiendo por qué se daba cada paso, iden-

tificando las fortalezas y las debilidades, preparando a jóvenes futbolistas que, en un gran porcentaje, se desempeñaba en el modesto torneo peruano.

Se utilizaron, también por vez primera, los recursos de la tecnología y la big data *aplicados al fútbol. Modernos programas de computación, complejos sistemas capaces de extraer información clasificada de los videos, procesamiento de datos de los jugadores peruanos y de los jugadores de las selecciones rivales hasta conocer en detalle cada una de sus cualidades y defectos.*

Así, por ejemplo, cuando el cuerpo técnico de la selección peruana designó a Miguel Araujo, un joven defensa de Alianza Lima, como encargado de marcar a Edinson Cavani, la estrella del PSG y de la selección uruguaya, no fue una decisión tomada al azar. Tenían decenas de videos estudiados con el sistema Video Tracking System, *tablas estadísticas e información pormenorizada de las características de juego del delantero uruguayo y de las aptitudes de Araujo. Las mediciones de velocidad, salto y pique, entre otros puntos, le daban al defensa peruano las cualidades suficientes para competir con Cavani. Fue por ello que la noche del Perú 2 - Uruguay 1, Araujo jugó con confianza en sus aptitudes y tuvo una excelente actuación.*

Otra magnífica muestra de planificación se encuentra en el partido Ecuador - Perú, primer triunfo en toda la historia de un seleccionado peruano en Quito. Antes del partido, Ricardo Gareca y su equipo de colaboradores mantuvieron en silencio un dato fundamental: estaban convencidos de que los efectos de la altura los iban a padecer los futbolistas ecuatorianos y no

los peruanos. Parece un absurdo porque siempre la altura de Quito ha jugado a favor de los locales. Sin embargo, viajaron convencidos de que la altura era rival de Ecuador y no de Perú. ¿En qué basaron tan extravagante convicción? En el estudio obsesivo y minucioso. Habían determinado que en la oncena titular ecuatoriana ninguno de sus futbolistas nació en Quito ni en otra ciudad de altura; todos eran nativos de ciudades de la costa, predominando cuatro jugadores de Esmeraldas y tres de Guayaquil; nueve jugaban en el exterior y los dos del torneo local eran del club Barcelona, en la costeña ciudad de Guayaquil. Además, el vuelo de retorno que tomaron desde Porto Alegre (jugaron de visita ante Brasil) a Quito tenía un horario inapropiado para recuperarse adecuadamente. Entonces Perú salió sin la presión de la altitud y, efectivamente, quien repase el video de aquel partido podrá constatar que el equipo local terminó sin aire, mientras que los peruanos mantuvieron un buen ritmo.

Son muchos los apasionantes episodios que hicieron posible el camino a Rusia 2018. En las páginas siguientes, el lector encontrará, en detalle, con testimonios y revelaciones, la extraordinaria historia de cómo y por qué se logró la hazaña que condujo al Perú a clasificar a un mundial de fútbol tras treinta y seis años de ausencia.

ASÍ LLEGÓ GARECA

EN EL FRÍO ATARDECER DEL DOMINGO 30 DE JUNIO DE 1985, una brillante generación de futbolistas peruanos estaba cerrando su ciclo con una victoria que les abría las puertas a su tercer mundial consecutivo. Habían asistido a los mundiales Argentina 78 y España 82, y estaban a veintinueve minutos de clasificar a México 86. El marcador del Estadio Monumental River Plate, en la ciudad de Buenos Aires, indicaba Argentina 1 - Perú 2 y ese resultado traducido a la tabla de posiciones final significaba que Perú lograba el primer lugar con 9 puntos y Argentina quedaba con 8.

En la cancha, a pesar del cesped húmedo y lleno de barro producto de la lluvia invernal de esa madrugada, Perú desplegaba su juego de toque y armonía, el mismo con el que una semana antes, en Lima, habían derrotado por 1-0 a esa selección argentina que volvía a caer ante figuras peruanas como César Cueto, Julio César Uribe, Juan Carlos Oblitas, José Velásquez, Gerónimo Barbadillo y Rubén Díaz, los últimos exponentes de dos generaciones que, desde 1970, habían dado un enorme prestigio al fútbol peruano. Aquella tarde de

junio, estaban a veintinueve minutos de México 86, mientras en las tribunas y en sus hogares millones de argentinos veían cómo se les esfumaba el sueño mundialista, a pesar de tener como capitán y figura al mejor jugador del planeta, Diego Armando Maradona, y a dos campeones mundiales, el *back* central Daniel Passarella y el arquero Ubaldo Matildo Fillol.

De pronto, desde el banco de suplentes asomó un rubio alto, flaco, con las medias caídas y el número 16 en la espalda. Los altoparlantes anunciaron el ingreso del goleador Ricardo Alberto Gareca. Los desesperados relojes argentinos indicaban el minuto 61 de juego. El técnico Carlos Salvador Bilardo, un obseso de los esquemas, estaba tan al borde de un síncope que no le dio mayores indicaciones y apenas atinó a entregarle la inmensa angustia de conseguir un gol, apenas uno, para empatar el partido y conseguir el punto capaz de darles una desesperada redención.

Desde el extremo izquierdo de la cancha, el delantero peruano Juan Carlos Oblitas Saba vio al flaco de melena rubia pisar el césped maltratado por la lluvia. Le llamó la atención su estatura, 1.86 m, y pensó en la necesidad de apoyar a la defensa en los tiros de esquina; luego siguió concentrado en el partido sin sospechar que veintiún minutos después, a los 82 de juego, aquel flaco empujaría al fondo de la red un balón perdido en las tinieblas del área para lograr el retorno a la vida de la multitud en las tribunas y de millones de familias en sus casas.

Gareca se quedó bajo el arco, con la boca dibujada de gol, los brazos hacia el cielo sin sol, erguido y alto. En ese instante, el muchacho de veintisiete años fue el símbolo de la felicidad

argentina y así quedó inmortalizado en una fotografía de la mítica revista *El Gráfico*. Sin embargo, mientras gritaba su gol, Ricardo Alberto Gareca no podía imaginar que esa anotación abría la puerta a episodios históricos en los que, un año después, él estaría ausente: la Mano de Dios, el mejor gol de los mundiales y la epopeya azteca de Diego Armando Maradona. También le era imposible intuir que su gol, que ubicaba a su país en el mundial, no le serviría a él para apaciguar el llanto incontenible que, en el siguiente mes de abril, lo habría de desbordar en un hotel de Santiago de Chile cuando sus compañeros del América de Cali le anunciaron que no estaba incluido en la lista definitiva del elenco argentino para México 86.

A su vez, aquella tarde del 30 de junio de 1985, el puntero izquierdo Juan Carlos Oblitas, mientras dejaba la cancha con la tristeza de no haber conseguido su tercer mundial consecutivo, miró el césped trajinado, el barro pegoteado en su camiseta, los rostros desolados de sus compañeros y sintió el atisbo del adiós. Había debutado hacía diecisiete años y su extraordinaria carrera incluía títulos en clubes, participaciones en Copa Libertadores, Copa América, dos mundiales, equipos en España, Bélgica y México, la idolatría de la hinchada de Universitario de Deportes y la fama continental. Pensó entonces, mientras descendía las escalinatas rumbo al vestuario, que el momento de la despedida estaba muy cerca. A final de ese año, sus veloces botines no volvieron a pisar una cancha.

Treinta años después, al mediodía del jueves 5 de febrero del 2015, Ricardo Gareca y Juan Carlos Oblitas, que no cruzaron

ni saludo ni palabra en aquel partido que los había dejado, a ambos, sin un mundial, se sentaron en una mesa en el bar del hotel Sheraton, en la ciudad de Buenos Aires. El goleador Gareca se había convertido en un competente y prestigioso director técnico, y el futbolista internacional Oblitas estrenaba el cargo de director deportivo de la selección peruana. En ejercicio de ese cargo, Oblitas le propuso a Gareca participar en la construcción de una utopía: vestir, ambos, una misma camiseta, la blanquirroja de Perú. Se buscaba hacer posible un viejo sueño para los peruanos: asistir nuevamente a un mundial de fútbol, esquivo desde la tarde aquella en que la anotación del goleador al que llamaban el Tigre dio inicio a la larga ausencia mundialista. Gareca aceptó la paradoja del destino y, al final de la charla, se dieron la mano que es la manera en que los hombres de bien cierran sus acuerdos de palabra.

En la sala de espera del aeropuerto Jorge Chávez, en Lima, coincidieron, el domingo 21 de diciembre del 2014, el empresario azucarero Edwin Oviedo, presidente del club Juan Aurich de Chiclayo, y el entonces comentarista de TV Gol, Juan Carlos Oblitas. Ambos aguardaban un vuelo a la ciudad de Trujillo para asistir al encuentro de definición del campeonato nacional de ese año entre Sporting Cristal y Juan Aurich en el estadio Mansiche.

Oviedo tenía un rostro de satisfacción no por la confianza en el resultado del partido que se jugaba en unas horas (al final